

## *Acta est fabula*

Un intento de lo bueno, de lo que nunca llega y siempre te pilla desprevenida, de las largas noches en vela, pensamientos inmersos en cajas de cartón y madres intentando averiguar qué pasó; *¿Qué le han hecho a mi hija, por qué se encuentra sumida en este estado?* Los relojes se desintegraron, las horas más largas que lo que nunca jamás habían durado, los momentos más suicidas que un día de guerra.

Oriente, tantos cuerpos muertos en un mar de paz y Occidente, donde se pelean los que no deben por un trozo de cielo que se quieren ganar. Juguemos a los dados, tiremos y observemos si acertamos. Porque la muerte no para, no corre, no vuela, tu mente se detiene, tu corazón en un puño, paralizado por el aliento de otra persona, un desconocido que aterrizó en un aeropuerto lejano de no sé dónde, no sé cuándo ni para qué. ¿Por qué jugar tan sucio, por qué elegir esta vida de mierda que te aprieta cuando lo desea, dejando que tus huevos suban hasta la garganta, creando un nudo más fuerte que el de la corbata atada por el enemigo? El diablo estaba cerca y yo debí de ser muy mala en otra vida para merecerme esto. Un trato infame a un mundo cruel, de nadie y nunca, de siempre y todos. Descansa descalza, tus pies sobre una roca de mar, caballo ganador en tablero magnético de viaje. Las maletas se perdieron en algún lugar del camino, pero no me importaba porque él ya me engañaba, o mejor dicho, se mentía a sí mismo, adulterando unas patrañas que ni el propio Hitler hubiera creído. Pero yo ya lo sabía y eso era lo que más jodía, porque lo vi venir, lo sufrí antes de tiempo, lloré lágrimas de cocodrilo mucho antes de que él supiera que se había subido al tren, esa máquina que te porta al Edén, a los grandes y malditos, no a los ínfimos ni expeditos.

Tierra de lobos, de nadie, de fangoso terreno, pantanos y marismas, sevillanas y castillos de arena, nubes de esponja, circos de marionetas. Bienvenidos al espectáculo más maravilloso del mundo. Ese que tiene una fecha de caducidad, que la gente no ve o no quiere observar, por miedo a que todo acabe, por ganas de fastidiar, de retener, de quedarse con el alma del otro, de respirar un vaho conjunto, de burlar controles policiales y noches estrelladas, amaneceres enjugados con llantos de sirena y cantos de unos vecinos a los que no importaba callar o caer, jorobar al personal o evidenciar un asesinato.

Fue mi triste pasado, tu corto porvenir, lo que te predijo la bruja en la feria tenía que ocurrir. Yo sí la creí ¿o es que piensas que fui tonta? Quizás tu voz fuera más alta de lo que los decibelios de aquel bar permitieran, pero lo pasamos bien, congeniamos a cien, conveniente conforme de todo lo que sucedía, o intento de no amargarse una existencia vil y vacía que de repente se iluminó con la mirada del otro, la caricia de un memo que le contaba mentiras al oído, cuales susurradas nanas para que se fuese a dormir tranquila.

Tírame desde el balcón, al precipicio, nada podría dolerme más como mi propio cuerpo, inserto en una mente que me controla, que se desboca, que quiere más y menos, juega con fuego, se quema con tu veneno, pero sigue deseando probar el dulce elixir del Corán. La vida eterna, la miseria enjuta, reducida a dos amargos tragos de un *amaretto* más agrio que los ásperos montes que rodeaban mi fortaleza. Consumimos más alcohol del que debimos, menos ciénagas se empaparon de nuestro corazón, uno que se nos había salido por la boca con una facilidad inconmensurable, irrepetible, increíble.

De nuevo se repite mi ciclo, *¿qué será el de todos?* se pregunta. Cientos de joyas cayeron por el desagüe, agujas se clavaron en mi espalda, no por brava acupuntura sino por el miedo a dañar al otro, a amar con celos, a reinar un juego oculto, oscuro, prendido de mechas, sin llamaradas de humo ni bocanadas de oxígeno que poder quemar. El himen había quedado destrozado, descompuesto en una salita de estar que quedó grabada en su memoria de por vida. Hubiera vuelto atrás, como tantos otros, no sé si hubiera repetido mismos errores, perdido las mismas oportunidades, si hubiera sido menos idiota, más cachonda, de humor te estoy hablando, pero qué más da, si tu mente ya ha volado por otros derroteros.

Derrotaron al vencido, al que desde el principio de la partida sabía que había perdido. Qué injusto es el azar, y qué sanguinaria la vida. Vaquero, deja tu pistola guardada, no la desenfundes, que ya hiciste bastante. Sólo quiero ser pobre e infeliz, rica en miserias, una inocente tontaina, borrica donde las haya. Dejé de volar, de querer más que los demás, de emprender un planeo de cuyo ascenso no podía nunca retornar. Y mi biografía hecha añicos; *Crónica de una muerte anunciada*, fan de tantas relaciones y hazañas como números hay en nuestro alfabeto. Piénsalo bien, ¿con qué otro intento te quedarías, cuál tirarías a la basura para no recordar, olvidar, dejar que fueran los demás quienes te volvieran a agasajar y besar como niño recién nacido en manos de papá?

Una palabra muy grande, un sentimiento tantas veces descrito, emoción que corre por mi complexión como lo hizo antes por el de tantos otros, necios locos que se entregaron sin consentimiento a una vida de sarmiento, por ser flexible y nudoso, dudoso y abierto. Libre, descubierto, apenas rajado para admitir algo dentro. No deseaba tu hijo pero no me hubiera importado quebrarme las venas, jugar con tu infancia, dejar de estar preocupada en un baile de dos, un tango que nadie me enseñó a bailar.

Rebelde incansable, dejé que la espuma saliera por mi boca sin pensar en el resbalón que seguiría a una noche de desenfreno, a un *nunca quise conocerte*, a un *siempre fui como tú crees*. Las verdades duelen, los silencios matan y los pensamientos pueden llegar a suicidarte como no tengas cuidado con tus palabras, con tus gestos, con tus acciones, bajo un cielo nublado, siguiendo un sol que calienta descontrolado a pobres sin un duro y ricos que aparentan, reyes de la pista y bailarinas que lo intentan, que buscan el triunfo, la ovación de una audiencia desapegada del espectáculo, apegada a un asiento que le proporciona el sustento, y un lugar donde caer muerto.

Ahí te quedes con tus rencores, tus remordimientos, tus alas y tus ansias de volar, tu cara de niño bueno, tu sorna y tu desprecio. Nadie puede obedecerme, nadie debe retenerme. Cerrado hasta el amanecer. Deja de hacer estragos porque ya no te quiero ver. He decorado mi casa con los adornos de una fiesta que no quiero vivir, que me gustaría destruir sólo para no estar contigo, para que me cuiden los que pueden, me ahoguen los que sueñen. En pleno crematorio se derrumbaron los más viejos y los otros los miraron sin despecho, ajenos a lo que habían hecho, al afán de su vida, al reír de su muerte.

Un apocalipsis que se había anunciado, que yo misma había conjeturado. Largas colas a esperas de lo que nunca llegaría, porque mi nunca es tu mañana y tu mañana es mi día. Manzana podrida en talego de cartón, lúgubre laberinto demasiado estrecho para dos. Deja que acaricie tu mano aunque sea por última vez, recorre mis huecos con mentiras, estoy acostumbrada a amar en falso y a creer donde otros no lo vieron.

Palabras que matan, murmullos que acallan y sueños rotos, vidas cojas. Experiencias más intensas de lo que uno puede aguantar, ritos escondidos bajo políticos que no son de fiar. ¿Y quién lo es?

Coge tu mochila y parte veloz, por diferente sendero para evitar otro desliz, o es que quizás sea eso lo que hay que vivir... Yo ya no sé si sé mucho o nada, pero cuando me mira el perro con esos ojos inciertos, cada vez pienso que no hay derecho, que no quería eso, que alguien maltrató al cuco y el sigilo fue tan experto que no dejó huellas más que bajo los altos decibelios, sobre los que no debieron hablar.

El sol intenta salir pero se esconde de nuevo, igual que haces tú bajo las sábanas de raso que alguna cursi te regaló por compromiso. Misa eterna, encargo los pollos para llevar y te dejo hacer lo tuyo, seguir con tu relato en un zulo, con tu conducta de chulo, con un comportamiento digno de una proeza de la que jamás se ha narrado. Hablaré cuando no toca, despertaré en ti lo que otras no osan. Osa Mayor la que me siguió de camino a casa, para poner el punto y final a un bonito comienzo y un mejor amanecer, a un atardecer del alba llana, claridad en un día de lluvia, gotas de sangre las que recorrerían los próximos hercúleos pasos de un marinero desubicado bajo la precipitación de inclemencias, más noble que el sobresaliente que planté en el boletín de notas aquella tarde de un invierno que asomaba sus brazos por mi ventana.

Sólo te pido un día más en el paraíso.

Respira, controla, ponle fin a esta bola que creció con las tardes y se disipó entre los árboles. Cambiemos de estilo, yo prefiero la negrita, las mayúsculas no me trajeron buena suerte.

A de anarquía, de ángel, de abstemio, de *aléjate de mí*, de arte, amor, amar, arder, arroz, árbol, ardor, de *aunque antes amaba ahora ya no*, de armar, angosto, astro, *al fondo*. Pégate a la A, déjate que enfunda mis vaqueros y mis botas de tacón, esa camiseta que alguien me regaló y los pendientes de un amante que ya me olvidó. Lo bueno es que no recuerdo su nombre, aún tras recibir las tradicionales felicitaciones de Navidad año tras año. Dijo que me había relegado, que me dejaba de lado, desatendió un cuidado y postergó un desdén, arrinconando las *aes* en su minucioso belén. *Voy a dejar de quererte, estrangulo tu suerte*, pero aún así sigue aquí presente.

Aborrezco algo antes amado, angustioso amanecer alado, árboles ajados, astros alcantarillados. A más no poder, alabo abdicativamente aros anaranjados acentuados ante ascos al anochecer. Anochecen abajo abrigadas almas abrochadas, abrazadas a más no poder. Absenta acordonada alcanzó afanosamente agradecimientos airados aunque alguien arrojara ascuas al arcén. Azúcar a más no poder.

Amar a arder. Y es que, según dicen; *Acta est fabula*.

*Ave imperator, morituri te salutant.*